
a 00003 447336

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL SEÑOR LOPEZ

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO, Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON RAFAEL RAMÍREZ



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1896

A Paco Gomez Ferrer.

Si haces esta... comedia con el cariño que te profesa el autor, tus más encarnizados enemigos dirán que ha resucitado Zamacois! ¡¡¡¡ Mira si te querrá de corazón tu buen amigo y compañero

EL SEÑOR LÓPEZ

[illegible] !!!!...

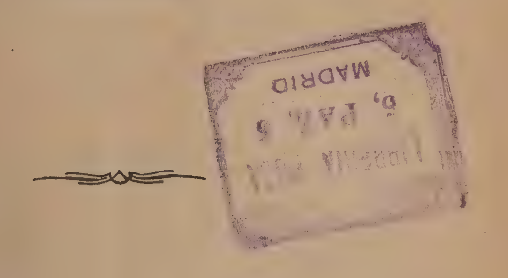
EL SEÑOR LÓPEZ

Juguete cómico en un acto, y en prosa

ORIGINAL DE

D. RAFAEL RAMÍREZ

Estrenado con gran éxito en el TEATRO MARTIN, la noche del 7 de Noviembre de 1896.



MADRID
SUCESORES DE RODRÍGUEZ Y ODRIÓZOLA
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1896

PERSONAJES		ACTORES
ROSA	SRA.	LUNA.
SOCORRO	»	MOLINS.
LÓPEZ	SR.	CHICOTE.
DON JUAN	»	DOMÍNGUEZ.

La acción en Madrid.—Epoca actual.—Derecha é izquierda del actor.

ACTO ÚNICO

La escena representa un gabinete lujosamente amueblado. Puerta al foro, y dos laterales.

ESCENA PRIMERA

ROSA y DON JUAN, terminan de comer. SOCORRO, les sirve.

JUAN. El café. (A Socorro, que hace mutis por el foro). ¿Tú vas á salir?

ROSA. Creo que no: me duele mucho la cabeza, y además, sólo pensaba ir á casa de mi amiga Mercedes, de modo que no salgo. ¿Y tú, tardarás mucho en volver?

JUAN. No pienso nada más que dar una vuelta por el teatro, y si no ocurre ninguna novedad, estaré aquí dentro de un cuarto de hora.

ROSA. ¿Está ultimada ya la formación?

JUAN. Ultimada. Mañana se publicarán las listas de la compañía.

SOCORRO. (Con servicio). El café.

ROSA. De modo que la inauguración será...

JUAN. Estamos á siete, ¿no es así?

ROSA. Sí.

JUAN. Pues el quince, lo más tarde, empezaré la temporada.

ROSA. ¿Se arregló por fin el contrato de aquella tiple?

JUAN. ¿De cuál?

ROSA. (Con marcada intención). De aquella que pedía tanto y cuanto. Una tal... Elena.

JUAN. ¿Cómo? (Algo aturdido). ¿Elena?

ROSA. (Se ha puesto lívido).

JUAN. (Disimulando). No recuerdo... Es decir... No sé, porque la única que pedía mucho se llama Lucía, y es la característica, de modo que estás equivocada.

ROSA. (Te veo). ¡Ah! Te participo que voy á ir todas las noches al teatro.

JUAN. No faltaba más.

ROSA. Y que tú estarás á mi lado toda la noche.

JUAN. ¡Pero Rosa, considera que eso no puede ser; comprende que un empresario se debe á sus obligaciones, y que no me voy á estar en el palco con los brazos cruzados teniendo comprometidos mis intereses!

ROSA. Bueno; pero has de saber que si eres empresario y te debes á tus obligaciones, antes que empresario eres marido, y un marido creo yo que tiene también obligaciones.

JUAN. Sí tiene, pero no tantas.

ROSA. ¡Tiene mujer!

JUAN. Bueno, sí.

ROSA. ¿Qué? ¿Por lo visto á ti no te importa nada tu mujer?

JUAN. Pero...

ROSA. ¡Y para esto me he casado yo contigo! (Lloriqueando).

JUAN. ¡Rosa, por favor!

ROSA. Pero te participo que ó dejas muy pronto los negocios teatrales, ó hago una barbaridad.

JUAN. ¡Rosa! ¡Rosa!

ROSA. Lo dicho; ¡una barbaridad! ¡Por lo visto te gusta mucho alternar con los actores y... con las actrices!

JUAN. ¡Mujer!...

ROSA. ¡Y con las actrices, sí, señor! Tal vez esté siendo blanco de veinticinco mil que no tienen más oficio ni beneficio

que criticar las desgracias de los demás. Tal vez cuando vaya por la calle me señalen con el dedo, diciendo: «Mira, esa que va por allí es la mujer del que me ha jurado amor eterno. Esa que atraviesa la calle es la mujer de mi empresario, del que me hace la corte;» unos murmurarán, pobrecilla: otros dirán, esa mujer está en el limbo; otros... etc... etc...

JUAN. ¡Rosa, te pones insoportable!

ROSA. ¿Te incomodas? señal que tengo razón. El que se pica ajos come.

JUAN. (Levantándose). Vaya, adiós.

ROSA. Ah, ¿te vas?

JUAN. Sí, me voy, porque de otra manera es imposible que la fiesta termine en paz.

ROSA. ¿Volverás pronto?

JUAN. Te he dicho que sí. (Toca el timbre. Socorro aparece por el foro). Si viene alguna persona durante mi ausencia y quiere esperar, que espere, y si no, toma usted el recado.

SOCORRO. Está muy bien.

JUAN. Adiós, Rosa. (Mutis por el foro).

ROSA. ¡Ve con Dios, hombre! ¡Ve con Dios! Socorro, quite usted esto. (Por el servicio).

SOCORRO. En seguida, señorita.

ROSA. (Dirigiéndose al foro). ¡Infame! ¡Pérfido! ¡Canalla! ¡Me engaña, sí! ¡Me engaña! ¡Ay! (Cae en una butaca).

SOCORRO. ¿Se pone mala la señora?

ROSA. No; márchate, quiero estar sola.

SOCORRO. Pero...

ROSA. ¡He dicho que te vayas!

SOCORRO. ¡Voy! ¡Voy! (Vase con el servicio por el foro).

ESCENA II

ROSA

¡Si él supiera que conozco su secreto! Si él supiera que está comprometido por una mujer que no es la suya...

esta es la carta; (Mostrándola). he aquí la prueba de su infamia. (Leyendo). «Mi adorado Juan: Un peligro nos amenaza; el marqués no se ha ahogado, sino que vive; ha llegado de Buenos Aires esta mañana completamente tronado. Ha tenido noticias de nuestros amores; mejor dicho, alguna persona que nos quiere demasiado bien, le ha enterado de nuestras relaciones, y está dispuesto á hacer una barbaridad. No nos queda otro recurso que huir, sobre todo á mí; pero si me quieres y me juras que me defenderás siempre, esta noche, á las ocho, te espero en la estación del Norte. Allí decidiremos lo que se haya de hacer; tuya siempre, Elena.» ¿Conque en la estación del Norte? ¡Estaba por que recibiera mi marido la carta! ¡Eso es! La pondré un sobre, imitaré la letra lo que me sea posible.

ESCENA III

DICHA; SOCORRO, por el foro.

SOCORRO. Señorita.
ROSA. ¿Qué hay?
SOCORRO. Un caballero que desea ver al señorito.
ROSA. ¿Le has dicho que no está?
SOCORRO. Sí, señorita. Pero dice que le es igual hablar con usted, pues el asunto que le trae á esta casa es de mucha importancia.
ROSA. Bueno; que pase y espere aquí, yo salgo en seguida.
SOCORRO. Está bien. (Mutis por el foro).
ROSA. (Vamos á poner el sobre). (Mutis por la izquierda).

ESCENA IV

SOCORRO y LÓPEZ, tipo derrotado y hambriento.

SOCORRO. Por aquí, pase usted.
LOPEZ. Muchas gracias, hermosísima doncella.

SOCORRO. La señora ha dicho que espere usted aquí.

LOPEZ. Repito las gracias. Qué bien dice el refrán: «La cara es el espejo del alma.» Usted lleva en la cara retratada la alegría de su corazón. ¡En los ojos se la nota un júbilo inmenso! No me diga usted que no: los labios los entreabre usted de cuando en cuando para dejar un suspiro muy prolongado, que, naciendo del fondo de su alma, va á parar al fondo de otra alma, al fondo del alma de su sombra, de su pesadilla; en una palabra, de su novio.

SOCORRO. Hombre, parece que le han dado á usted cuerda.

LOPEZ. No, señora; no me han dado ni aun eso; porque si hubiera tenido una cuerda, á estas horas, ¡ris! y no la hubiera á usted dicho tanta majadería.

SOCORRO. ¿Eh?

LOPEZ. Porque usted, de un hombre mal trajeado, y á quien no ha visto en su vida, ¡es imposible que crea nada! Pues sí, hija, sí; es usted muy bonita, y se parece usted mucho á una mujer que yo tuve.

SOCORRO. Según eso, ha tenido usted varias.

LOPEZ. No; una sola, y crea usted que más vale que no la hubiera tenido.

SOCORRO. ¿La quería usted mucho?

LOPEZ. Mucho.

SOCORRO. ¿Y murió?

LOPEZ. No; ¡se evaporó!

SOCORRO. ¿Cómo?

LOPEZ. Me dió esquinazo al año de matrimonio.

SOCORRO. ¡Vamos!

LOPEZ. Qué, ¿le parece á usted mucho?

SOCORRO. (Se oye dentro un timbre). ¡Ay! Me llama la señora. Voy; hasta después.

ESCENA V

LÓPEZ

Pues señor, quiera Dios que la mujer del empresario tenga lástima de mí, y le diga á su marido que me conceda en su teatro una plaza de cualquier cosa, aunque sea de tramoyista... pero no, de tramoyista no, porque para desempeñar ese cargo hacen falta fuerzas, y yo, desgraciadamente, no tengo ninguna; á cualquiera que le diga que no he comido hoy más que quince céntimos de mojama, ¡no lo cree! Pues no he comido más. Así es que ¿cómo voy á tener fuerzas? ¡Imposible! Según me han dicho en el café, don Juan es un empresario muy caritativo. ¡Ah! ¡También he oído que ha retirado de las tablas á muchas infelices, coristas sobre todo! Bueno; pero esto del retiro creo yo que obedecerá á muchas cosas; porque sin más ni más, no... si no, retiraría hombres también, y hasta la presente, que yo sepa, no le ha puesto casa á ninguno; y, en cambio, á dos chicas, guapas ellas, bien formadas ellas, y afónicas ellas, las ha puesto casa, coche y cuadra aparte. ¡Ah! ya está aquí la señora. Á ver si me corto y me voy á la calle como he venido... ¡Hip!... Pues no me empieza á repetir la mojama... Ea, valor y tranquilidad.

ESCENA VI

LÓPEZ y ROSA

LOPEZ. Felices, señora.

ROSA. Felices.

LOPEZ. Usted no tiene el gusto de conocerme; digo, yo no tengo... es decir, yo no tenía el placer de conocerla. Yo soy, señora, Emeterio López y Cordilla, natural de Villacarpa, provincia del hambre, digo, de Madrid; tengo

treinta y tres años. No tengo padres desde que vine al mundo.

ROSA. ¿Eh?

LOPEZ. ¡Murieron al darme á luz!

ROSA. ¡Pero hombre!

LOPEZ. Mi madre, sí, señora; pero fué tal el sentimiento que le entró á mi pobre papá; era tal el cariño que profesaba á la que me dió el sér, que no pudo soportar su ausencia, y se las guilló á las veinticuatro horas en su persecución.

ROSA. ¿Se suicidó?

LOPEZ. Sí, señora.

ROSA. ¿Pegándose un tiro?

LOPEZ. No, señora; atándose á un tiro.

ROSA. ¿Eh?

LOPEZ. De mulas. Mi padre era el mayoral de la diligencia de Migaja á Cuscurro. Aprovechó un descuido, é hizo esa barbaridad. Según cuentan, untó á las mulas en las patas petróleo; después, se ató; después, aplicó una cerilla á las patas untadas.

ROSA. ¡Hombre!

LOPEZ. ¡Figúrese usted el paso que llevarían las mulitas!

ROSA. Y eso, ¿dónde ocurrió?

LOPEZ. En mi pueblo, señora; en Villacarpa.

ROSA. ¿Su padre era también de allí?

LOPEZ. No, señora; gallego.

ROSA. ¿Y su madre?

LOPEZ. Americana. ¡Creo que tenía una gracia...! Yo, según dicen los que la conocían, soy su vivo retrato.

ROSA. ¿Por lo gracioso?

LOPEZ. No; no, señora.

ROSA. ¿Por el físico tal vez?

LOPEZ. Tampoco. Por mi buen carácter y mis grandes facultades artísticas.

ROSA. ¡Ah, ya! De modo que su señora madre era...

LOPEZ. ¡Una artistaza!

ROSA. ¿Sí?

LOPEZ. Muy buena.
ROSA. Es raro.
LOPEZ. ¿Que fuera buena mi madre?
ROSA. No: que una artista como usted dice se casara con un mayoral de diligencias.
LOPEZ. ¡Cosas de la vida!
ROSA. ¿Cantaba su mamá?
LOPEZ. No, señora; no hacía nada más que la tragedia y tocar la guitarra.
ROSA. ¡Bravo! ¿Y usted...?
LOPEZ. Yo, según dicen, también toco...
ROSA. ¿La guitarra?
LOPEZ. No, señora; la tragedia.
ROSA. ¿Y no toca usted ningún instrumento, como su mamá?
LOPEZ. El bombo.
ROSA. ¿De modo que es usted artista?
LOPEZ. Sí, señora; pero la suerte se ha empeñado en abandonarme, y estoy á la cuarta pregunta. Si su marido de usted me rechaza; si no me admite en su compañía y me señala un sueldo, no me queda más remedio que hacer lo que hizo mi padre.
ROSA. ¿Atarse á un tiro de mulas?
LOPEZ. ¡Suicidarme!
ROSA. ¡Hombre, por Dios! (¡Pobrecillo!) De modo que usted desea...
LOPEZ. Contratarme. Además, traigo una recomendación.
ROSA. ¿Sí?
LOPEZ. ¡De Catalina la *Gorrona!*
ROSA. ¿Cómo?
LOPEZ. No se alarme la señora: es una chica que tiene un puesto de agua en el Prado, á cuyo puesto iba don Juan con sus amigos todas las noches el verano pasado.
ROSA. ¡Ah, sí!
LOPEZ. Por cierto que tiene un mono riquísimo.
ROSA. ¿En el puesto? (Qué porquería.)
LOPEZ. Ayer me dió una copita y estuve diez minutos que parecía otro.

ROSA. En el teatro de mi esposo no encaja lo serio; allí se canta, se baila...

LOPEZ. ¡Eso es lo de menos! Yo la prometo á usted que, si me contrata, canto y bailo... aunque sea de coronilla.

ROSA. Siendo así...

LOPEZ. Usted no se puede figurar de lo que es capaz un cuerpo mal alimentado.

ROSA. Bueno; pero hace falta voz; ¿usted tiene alguna clase de voz?

LOPEZ. Pues yo...

ROSA. (Me da lástima; voy á decir á la criada que le traiga algún refrigerio).

LOPEZ. Mire usted la voz que yo poseo...

ROSA. ¿Tendrá usted alguna cuerda?

LOPEZ. En este momento no, señora, no, señora; no tengo ninguna... pero...

ROSA. Quiero decir que si es usted tenor, bajo...

LOPEZ. ¡Ah! ¡Sí! Pues (allá va eso) sí, señora; soy tenor; pero la verdad, no me gusta decirlo, porque canto muy poca cosa.

ROSA. ¿Qué registro tiene usted más flojo?

LOPEZ. Que ¿qué registro?... ¡Todos, señora, todos!

ROSA. Pues ¿qué canta usted?

LOPEZ. Lo que puedo nada más.

ROSA. Entonces, de seguro que Marta es muy alta para usted.

LOPEZ. No la conozco.

ROSA. Y Catalina, ¿la conoce?

LOPEZ. ¿Catalina la *Gorrona?* ¡Ya lo creo! Esa es muy pequeñita.

ROSA. Hombre, por Dios; si le hablo á usted de la zarzuela.

LOPEZ. ¡Ah! Pues no, señora; no la conozco.

ROSA. Bueno; el caso es que haya voz.

LOPEZ. Voz hay.

ROSA. A ver, diga usted «Socorro». Ni muy alto ni muy bajo; es decir, más bien alto.

LOPEZ. ¿Quiere usted que pida socorro?

ROSA. Sí.

LOPEZ. ¿Y alto?

ROSA. Justo.

LOPEZ. Supongo que esto será una bromita, porque ahora no hace falta pedir... en fin, para que vea usted que quiero complacerla, lo diré... ¡Socorro!...

ROSA. Un poquito más fuerte.

LOPEZ. ¡Socorro!

ROSA. Perfectamente. Eso es.

SOCORRO. (Saliendo por el foro). ¿Qué desean ustedes?

ROSA. Oye, acércate. (Llevándola aparte).

LOPEZ. (¡Calle! pues se conoce que la doméstica... Esta señora debe ser muy bromista, ¿qué la dirá?) (Socorro se va por el foro).

ROSA. Señor don...

LOPEZ. Emeterio López y Cordilla.

ROSA. Bueno, señor Cordilla, ¿usted es franco?

LOPEZ. ¡Soy de Villacarpa!

ROSA. (Si este hombre quisiera, la idea que se me ha ocurrido no es mala). ¿A usted le gusta el drama?

LOPEZ. Muchísimo, señora, muchísimo.

ROSA. Y no será usted holgazán; le gustará trabajar siempre, y á conciencia.

LOPEZ. ¡Ya lo creo! Ojalá pudiera demostrarle á usted prácticamente mis grandes facultades artísticas.

ROSA. Muy bien. Pues ya que es usted tan amable (yo se lo digo) que desea hacerme conocer sus excelentes condiciones, yo le suplico que se encargue de representar un papel de bastante importancia en un drama que se titula *La venganza de una mujer*.

LOPEZ. No conozco ese drama, señora, y si es largo el papel y hay que hacerle...

ROSA. De repente. Dentro de un cuarto de hora.

LOPEZ. ¡Caracoles!

SOCORRO. (Saliendo por el foro con una bandeja con pasteles, una botella con vino y una copa). Aquí está esto.

ROSA. ¿Le gustan á usted los pasteles?

LOPEZ. ¡Muchísimo, señora!

ROSA. Pues haga usted el favor de permitirme esta libertad y aceptar este modesto obsequio.

LOPEZ. (¡Caracoles! Esta señora se debe haber enamorado de mí). (López empieza á comer con bastante apetito). Supongo que lo del drama será una broma.

ROSA. (¡Ojalá!) No, señor; nada de bromas, y si lo hace usted, desde ahora puede darse por contratado, y además, será usted poseedor de veinte duros que yo le entregaré como recompensa si usted no se ofende.

LOPEZ. Señora, ¿tiene usted ejemplar?

ROSA. No le tengo.

LOPEZ. ¿No?

ROSA. Mejor dicho, no existe.

LOPEZ. Entonces... (Si no estará en su juicio esta señora).

ROSA. El drama se desarrolla en esta sala; ¡usted es un marqués!

LOPEZ. ¿Con este traje?

ROSA. ¡Arruinado!

LOPEZ. ¡Ah, vamos!

ROSA. A usted le ha engañado una mujer.

LOPEZ. ¿Quién se lo ha dicho á usted?

ROSA. Déjeme usted acabar. Viene usted desde muy lejos...

LOPEZ. Desde la calle de Leganitos.

ROSA. ¡A matar dos infames que han ultrajado su honra!

LOPEZ. Bueno; ¿y á quién le cuento yo todo eso?

ROSA. A mi marido.

LOPEZ. De modo que á su esposo le tengo que decir que soy un marqués, que vengo buscando una mujer que voy á matar... ¡Él sí que me mata á mí en cuanto le diga todo eso!

ROSA. La ocasión es oportuna; ó es usted actor ó no lo es.

LOPEZ. Por el arte, todo, señora, por el arte... (y por los veinte duros). Bueno; pero su esposo de usted me preguntará, y yo... porque decirle todo de sopetón, va á ser difícil.

ROSA. ¿No tiene usted recursos?

LOPEZ. Ni media peseta.

ROSA. Digo recursos artísticos.
LOPEZ. ¡Ah, sí!
ROSA. Pues de eso se trata. La mujer causa de su desesperación, se llama Elena.
LOPEZ. ¿Elena? (¡Qué coincidencia!)
ROSA. Sí. Usted figura que ha sorprendido una carta firmada por su mujer para mi marido.
LOPEZ. Eso de la carta me parece comprometido, porque puede pedírmela...
ROSA. ¡Dice usted que la ha roto!
LOPEZ. Bien; pero... ¡Ah, señora! Ya lo comprendo todo. ¡A usted la engaña don Juan!
ROSA. ¡Eso es lo que á usted no le importa! Lo que á usted le interesa es ganarse una contrata y veinte duros, ¿está usted decidido?
LOPEZ. ¡A todo, sí, señora! ¡A todo! Porque su esposo me rompe algo. ¡Yo seré la víctima del drama! En fin, todo por el arte (y por los veinte duros). (Campanilla).
ROSA. ¡Han llamado! Él debe ser. Venga usted; por aquí hay una puerta que comunica al pasillo, y podrá usted salir. La criada le anunciará á usted.
LOPEZ. Pero ¿cómo?
ROSA. ¡Pues como título de Castilla!
LOPEZ. Pero ¿qué título?
ROSA. El marqués del Cardenal.
LOPEZ. ¿Del Cardenal? ¡Ah! Pues voy á estar en carácter.
ROSA. Vaya, vamos.
LOPEZ. Vamos. Pues señor, quiera Dios que no salga de esta casa con la cabeza hecha pedazos. (Medio mutis). Espere usted, me llevaré esto que ha quedado.

ESCENA VII

DON JUAN y SOCORRO, por el foro.

JUAN. ¿No ha venido nadie?
SOCORRO. Nadie, señorito.

JUAN. ¿Ni han traído ningún recado?

SOCORRO. Sí, señor; una carta.

JUAN. Dame.

SOCORRO. Aquí la tiene usted. (Entregándosela).

JUAN. (¡De Elena!) Márchate. (A Socorro, que hace mutis por el foro). Alguna disculpa por no haber acudido á la cita. (Leyendo). «No me extraña tu infame conducta: bien segura estaba yo de que no me querías. ¡Ves el peligro que me amenaza, y te quedas tan fresco! ¡Por lo visto, te importa poco que me mate el marqués! (¡Cómo!) Me es igual, pues estoy decidida á todo, y no olvides, ya que has tenido la amabilidad de no contestar á mi primera carta, (¿Eh?) que no ha de caer solamente sobre mi cabeza todo el peso del castigo, sino que tú también sufrirás la pena que mereces, puesto que tus juramentos de amor han sido una farsa. El marqués se ha enterado de todo, y está dispuesto á cometer un crimen si no aceptas el desafío. En la carta anterior te proponía medios de salvación, y ni aun siquiera te has dignado darme las gracias. Pues bien; en ésta sólo te digo que ¡pobres de nosotros!» ¡Pero si yo no he visto carta ninguna! (Toca el timbre y sale Socorro por el foro). Diga usted, ¿no han traído más carta que ésta?

SOCORRO. No, señorito.

JUAN. Supongo que no mentirá usted.

SOCORRO. Yo, señorito...

JUAN. Silencio. Puede usted retirarse. (Vase Socorro). ¿La habrá recibido mi mujer? Aquello de si el contrato de la tiple, y de si ella iba á ir al teatro todas las noches, ¿á qué venía? Á nada, porque eso me lo dice todos los días, y la carta es de hoy, y los demás días no...

ESCENA VIII

DON JUAN; ROSA, por la izquierda.

ROSA. ¡Hola, Juan! ¿Has vuelto ya?

JUAN. Sí. (Se guarda la carta precipitadamente en el bolsillo).

ROSA. ¡Eh! ¿Qué te has guardado con tanta precipitación?

JUAN. Nada.

ROSA. ¿Algún contrato?

JUAN. Justo.

ROSA. ¿De quién?

JUAN. Pues... ¡del actor cómico!

ROSA. Á ver, enséñame...

JUAN. Pero si está en blanco.

ROSA. ¿Cómo?

JUAN. Mira. (Sacando un papel del bolsillo). Cuando se iba á extender ha ocurrido un disgusto, y hemos roto el contrato.

ROSA. Entonces no ha sido eso lo que te has guardado en el bolsillo.

JUAN. ¡Mujer!

ROSA. ¿Pues no dices que le habías roto?

JUAN. Roto, de palabra, porque no se había extendido todavía.

ROSA. ¡Ah, ya!... ¿Quieres que vayamos á dar un paseíto? Digo, si no tienes ningún contrato interesante entre manos que te prohíba...

JUAN. No; ninguno.

ROSA. Entonces voy á decir á Socorro que me traiga el sombrero. (Toca el timbre).

JUAN. Como quieras.

ROSA. (Manos á la obra). (Campanilla dentro). ¡Eh! ¿Han llamado?

JUAN. Sí.

ROSA. ¿Quién será?

JUAN. Alguno del teatro.

ROSA. No sé cómo no te cansa tanto contrato y tanta...

ESCENA IX

DICHOS y SOCORRO

SOCORRO. ¿Llamaban ustedes?

ROSA. Mi sombrero.

SOCORRO. Está bien.

ROSA. ¿Quién ha llamado?

SOCORRO. Pues un caballero que desea ver al señorito.

JUAN. ¿Ha dicho qué quiere?

SOCORRO. Ver á usted nada más.

JUAN. Dígale usted que no recibo.

SOCORRO. Le advierto al señorito que será inútil que se lo diga.

JUAN. ¿Por qué?

SOCORRO. Porque lo primero que ha dicho es que sabe que está usted aquí, y luego que viene decidido á todo.

ROSA. Pero ¿quién es? (Disimulando).

JUAN. ¿Ha dicho su nombre?

SOCORRO. Me ha dicho que es el marqués del Cardenal.

JUAN. (¡María Santísima! ¡Qué va á pasar aquí!)

ROSA. (Qué cara ha puesto mi marido).

JUAN. (Elena le ha dado las señas, ¡infame!)

ROSA. Hombre, si viene decidido á todo y el asunto es serio, esperaré. Saldremos más tarde, nada me importa. Tal vez guarde relación con los asuntos teatrales la visita de ese caballero; de modo que lo más lógico es que le recibas. No te diría otro tanto si fuese una mujer la que viniera á visitarte. Hasta después, Juanito. (Detrás de esa puerta escucharé).

JUAN. Pues señor, no hay más remedio. Dígale usted á ese señor que pase.

ESCENA X

DON JUAN; luego, SOCORRO

JUAN. ¡Está bien! ¿Y yo qué le digo? Tengo un medio, pero no lo creerá. Yo sé positivamente que Elena es casada, y

sé que está separada de su marido porque éste la maltrataba á disgustos. Si el marqués creyera esto, mi situación estaba salvada, porque para el marqués, Elena es soltera, de modo...

SOCORRO. (Anunciando). ¡El señor marqués del Cardenal!

ESCENA XI

DON JUAN y LÓPEZ

JUAN. (Veamos lo que dice). Servidor de usted.

LOPEZ. ¡Es usted un miserable!

JUAN. ¡Caballero!

LOPEZ. (Me parece que la entrada ha sido demasiado fuerte).

JUAN. Suplico á usted guarde, ó mejor dicho, tenga un poco de respeto á la casa en que se encuentra.

LOPEZ. ¿Y qué respeto puedo yo tener á una casa, mejor dicho, al hombre que no guarda el respeto que se merecen los amigos de sus mujeres? es decir, la mujer, digo... (¡Vaya un lío!) Bueno, el marido de una virgen, con la cual vive, y por la cual se sacrifica, y á la cual mata por lavar su honra ultrajada por un mentecato que tiene tan poco entendimiento como cogote, pues aunque fuera inmenso, ¡sería diminuto al retorcerle entre mis manos!

JUAN. ¿Pero la ha matado usted?

LOPEZ. Que si la he... (No sé qué decir). ¡No, señor! ¡Pero la mataré!

JUAN. ¡Señor marqués! ¡Señor marqués!

LOPEZ. (Me llama marqués, le he convencido, hay que crecerse). Y usted comprenderá que vengo decidido á matar ó á morir; que vengo á defender mi honra, ultrajada por un... ¡miserable! (Vaya un miserable con riñones que he dicho). que ha atentado contra mi honor; ¡que vengo á degollar al infame que, abusando de mi ausencia, se ha permitido colaborar en las columnas de mi periódico!

JUAN. ¿Cómo?

LOPEZ. (Muy rápido). Una metáfora que empleo para no descarnar la frase, aunque usted, tan infame como canalla, y tan canalla como infame, lo comprende y lo disimula.

JUAN. (Viene dispuesto á todo).

LOPEZ. Después que me he arruinado por ella, gastándome todo mi capital, que era inmenso, encontrarme que un cualquiera... ¡sí! ¡porque de usted á mí hay una diferencia grande! (¡Vaya una transición!)

JUAN. (Emplearé el único recurso). Comprendo, señor marqués, la ofensa que yo le he inferido; pero comprenda usted que yo ignoraba su existencia.

LOPEZ. ¿Eh?

JUAN. Elena me dijo infinidad de veces que había usted perecido á bordo del *Relámpago*, buque que se dió á la vela con rumbo á Buenos Aires el 9 de Octubre del 85, y que había naufragado, ahogándose toda la tripulación, y como usted formaba parte de ella...

LOPEZ. Yo no me he embarcado nunca nada más que en el estanque del Retiro. (Dice esto con marcada naturalidad).

JUAN. ¿Eh?

LOPEZ. (¡Ay, que me había olvidado del papel).

JUAN. ¿En el Retiro?

LOPEZ. Otra metáfora; digo... no... es decir; que no ha habido tal buque (Muy incomodado). ni tal relámpago; sólo ha habido; es decir, ¡sólo hay un hombre que viene á pedirle á usted cuenta de su infame y *horrísona* conducta! (¡Vaya una frase!)

JUAN. ¡Por favor, señor marqués! Por favor le suplico que no levante usted la voz.

LOPEZ. ¡Ah! ¿Teme usted? ¡Por lo visto no me han engañado! Tiene usted esposa y teme que se entere...

JUAN. Poco á poco; usted no es marido de Elena.

LOPEZ. ¡Sí que lo soy!

JUAN. ¡Para alguno, tal vez; pero para mí no, puesto que sé que Elena es casada!

LOPEZ. ¡Casada! ¿Casada? ¿Qué dice usted? (Creo que me voy metiendo en muchas profundidades).

JUAN. ¡Elena se casó hace no sé cuántos años con un actor muy malo, del cual se tuvo que separar porque la mataba de hambre!

LOPEZ. (Descompuesto). ¡Cielos! ¡Su nombre!

JUAN. Ya lo sabe usted. ¡Elena!

LOPEZ. Digo el de él, el de él... (¡Dios mío, qué idea tan horrible!)

JUAN. El del marido no se lo digo á usted, porque si se lo dijera sería capaz de matarla por haberle engañado miserablemente diciendo que era soltera.

LOPEZ. Pero ¿usted lo sabe?

JUAN. Sí; Elena no me ha engañado.

LOPEZ. ¡Miserable!

JUAN. (¡Pero este hombre está loco!)

LOPEZ. ¡Era mi mujer!

JUAN. Pero usted fué el segundo.

LOPEZ. ¡Rayos y centellas!

JUAN. Pero ¿á usted qué le importa? Después de todo, ha pasado ya mucho tiempo, y no merece la pena de enfadarse tanto por que hayan poseído antes que usted á Elena. El tal comicucho vivió con ella doce meses escasos.

LOPEZ. ¡Lo que vivió conmigo!

JUAN. ¿Un año también? ¡Hombre, qué raro! ¡Además, engañaba á su marido de una manera escandalosa!

LOPEZ. ¡Le engañaba!

JUAN. ¡Muchísimo! ¡Si era un infeliz, un... desgraciado!

LOPEZ. No puedo más escucharte, vil don Juan... (Cogiendo un cuchillo que habrá quedado encima de la mesa). ¡Con este cuchillo que me ha servido hace poco para multiplicar pasteles, te voy á dividir el corazón!

JUAN. (¡Este hombre ha perdido el juicio!)

LOPEZ. ¡No te escaparás! (Corre hacia don Juan).

ESCENA XII

DICHOS; ROSA, que sale por la primera de la izquierda.

ROSA. ¿Eh, qué pasa? ¿A qué vienen esas voces?

JUAN. (¡Mi mujer!)

ROSA. (Aparte á López). ¡Muy bien! ¡Muy bien!

LOPEZ. ¡Déjeme usted, señora!

JUAN. ¡Este hombre que ha perdido la cabeza!

LOPEZ. ¡Ojalá la hubiera perdido hace tiempo; no me pesaría; digo, no me pasaría lo que me está pasando.

ROSA. Pero ¿se puede saber...? (Aparte á López). (Muchísimo disimulo).

LOPEZ. ¡Qué disimulo ni qué calabazas!

JUAN. ¿Eh?

LOPEZ. ¡A este hombre le mato yo!

ROSA. ¡Basta ya, hombre, basta ya! (Pues es muy buen actor).

JUAN. Rosa, te suplico me dispenses si te hago esperar; pero la conversación toca ya á su fin; de modo que retírate, pues necesito terminar con este caballero, á quien te presentaré después.

ROSA. ¡Bravo! ¡Es inútil!

JUAN. ¿Eh?

ROSA. ¿Conque mis celos eran infundados? ¿Conque tenías relaciones con otra mujer?

LOPEZ. ¡Con la mía! ¡Miserable!

ROSA. ¡Cállese usted, hombre!

LOPEZ. ¡No me da la gana!

JUAN. ¡Rosa!

ROSA. ¿Conque me engañabas? ¿Conque decías que yo era una tonta al dudar de ti? ¡Canalla!

LOPEZ. ¡Insolente!

ROSA. ¡Y dale! ¡Por eso no querías que yo me enterase nunca de tus cartas!

ESCENA XIII

DICHOS; SOCORRO, por el foro, con una carta.

SOCORRO. ¿Se puede?
ROSA. ¿Eh? Adelante.
SOCORRO. Esta carta para el señorito.
ROSA. (Cogiendo la carta). Venga.
JUAN. ¡Rosa, te prohibo que abras esa carta!
ROSA. (Abriéndola). He abierto otra que supongo sería más interesante, sobre todo para ti. Á ver la firma: Elena.
LOPEZ. Venga esa carta.
ROSA. ¡Quite usted, hombre! (¡Pero qué en serio ha tomado el papel!)
JUAN. ¡Dame, dame esa carta, ó hago una barbaridad! ¡Yo la leeré!
ROSA. ¡No; yo!
LOPEZ. ¡No, señora; yo!
ROSA. ¡Pero, hombre, si usted ha hecho ya todo lo que tiene que hacer! Ahora me toca á mí. Deje usted ese cuchillo. (López se guarda el cuchillo. Después de leer). Se ha marchado.
JUAN. Pero...
ROSA. Entérate... (Le da la carta).
JUAN. (Leyendo). «Querido Juanito: Cuando recibas esta carta estaré camino de París, en compañía del marqués del Cardenal: es más rico que tú, y por lo tanto, me voy con él. El naufragio fué un cuento inventado por mí; su ruina, una mentira; mi matrimonio, un embuste, y mi cariño hacia ti, otro; de modo, que olvida y perdona á Elena Cabello.»
LOPEZ. (Muy alegre). ¡Elena Cabello! ¡Ay, qué alegría!
JUAN. ¿Pero usted quién es, señor mío? ¿Con qué derecho se ha permitido usted insultarme?...
ROSA. Este caballero no es marqués.
LOPEZ. ¡Ni Cristo que lo fundó!

ROSA. Sino un artista...

LOPEZ. ¡De punta!

ROSA. Que ha hecho el favor...

LOPEZ. (¡Por veinte duros! Que no se olvide).

ROSA. (Aquí los tiene usted). (Se los da). De fingirse marqués, haciéndose al mismo tiempo marido de esa Elena, que Dios confunda.

JUAN. ¡Pues ha hecho usted el papel á las mil maravillas!

LOPEZ. ¡Como que si se descuida usted lo mecho!

JUAN. (A Rosa). Y tú, ¿cómo has sabido...?

ROSA. (Mostrándole una carta). Por esto.

JUAN. ¡Ah!

LOPEZ. Es que yo he tenido una mujer así, la cual me abandonó á los doce meses de casado.

JUAN. (¡Cómo!)

LOPEZ. Y por eso creí... Pero ésta tiene otro apellido: aquélla se apellidaba Calvo y ésta Cabello... de modo...

JUAN. Sí; no es la misma.

LOPEZ. Y ésta es soltera.

ROSA. Justo; ella misma lo dice. Y ahora, señor López, una pregunta: ¿no dejaría usted con gusto el género dramático por dedicarse al cómico?

LOPEZ. Me da lo mismo, señora. La cuestion es mosticar (ojo)

ROSA. Pues firme usted.

LOPEZ. Ya está.

JUAN. Haga usted el favor. (Leyendo el papel que López ha firmado.) «¡Emeterio López y Cordilla!» (Era el marido).

LOPEZ. (Al público).

La suerte se decidió
á otorgarme sus favores;
y ya que esto concluyó,
por mi parte, ruego yo
¡un aplauso á estos señores!—*Telón*.

FIN DEL JUGUETE

(ojo) Rosa = El contrato ese.. en blanco. me haces el favor
Juan = Pero...
Rosa = ¡El contrato!
Juan = ¡ahi va! (le entrega el contrato)

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los Corresponsales de esta Galería ó acudiendo al EDITOR, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los Libreros ó Agentes.